

sando que él había podido destruir en ella á la amante.

Esta vez, Claudio, obstinado, acabó el cuadro jurando que lo enviaría al Salón. No se apartaba de su escala, limpiando los fondos hasta negra noche. Por fin, extenuado, declaró que no daría un retoque más; y aquel día, habiendo subido á verle Sandoz, á eso de las cuatro, no le encontró en casa. Díjole Cristina que acababa de salir á tomar un rato el aire, en el cerro.

La lenta ruptura habíase ido agravando entre Claudio y los antiguos camaradas de la banda. Cada uno de éstos había ido acortando y escaseando sus visitas, desazonado ante aquella pintura inquietante; y declarándose todos en fuga, ninguno iba á verle en la actualidad. Gagnière, hasta había desertado de París, pasando á habitar una de sus casas de Melun, donde vivía mezquinamente del alquiler de la otra, después de haberse casado, no sin general asombro, con su maestra de piano, una solterona que por las noches le tocaba música de Wagner. En cuanto á Mahoudeau, alegaba su trabajo, pues iba empezando á ganar algún dinero, gracias á un fabricante de bronces artísticos que le hacía retocar sus modelos. Muy distinta era la historia de Jory, á quien nadie veía desde que Matilde, despóticamente, lo tenía enclaustrado; alimentábalo, hasta reventarle, con platos estimulantes, embruteciéndolo con prácticas amorosas, atracándole de todo cuanto apetecía, en tal grado, que él, el antiguo cazador de acera, el avaro que recogía sus placeres de las esquinas para no pagarlos, había degenerado en una domesticidad de perro fiel, dando las llaves de su dinero, llevando en el bolsillo con qué comprar un cigarro, y eso los días que ella se dignaba dejarle veinte sueldos; hasta decíase que, como moza antaño devota, á fin de consolidar su con-

quista, le empujaba á la religión y le hablaba de la muerte, por la que sentía un miedo atroz. Sólo Fagerolles afectaba viva cordialidad para con su antiguo amigo, cuando tropezaba con él en la calle, prometiendo siempre ir á verle, cosa que nunca cumplía, ¡era tanta su ocupación, desde su gran triunfo, pregonado á són de bombo, celebrado, en marcha para todas las fortunas y todos los honores! Y Claudio no echaba de menos sino á Dubuche, por una cobardía tierna de los antiguos recuerdos de infancia, á pesar de los resentimientos que la diferencia de sus caracteres había acarreado después. Pero Dubuche, al parecer, tampoco era feliz por su parte, colmado de millones sin duda, y miserable, no obstante, en continua querrela con su suegro que se quejaba de que le hubiese engañado sobre sus capacidades de arquitecto, y obligado á vivir en las pócimas de su mujer enferma y de sus dos hijos, fetos nacidos antes de término, y que se criaban entre algodón en rama!

De todas aquellas amistades muertas, sólo Sandoz parecía recordar aún el camino de la calle Tourlaque. Allí le atraían Santiaguito, su ahijado, aquella triste mujer, aquella Cristina cuyo rostro de pasión, en medio de tanta miseria, le conmovía profundamente cual una de esas visiones de grandes enamoradas que hubiera querido representar en sus libros. Y, sobre todo, su fraternidad de artista se había acrecentado desde que veía á Claudio perder pie, zozobrar en el fondo de la heroica locura del arte. Al principio quedó asombrado, pues había creído en su amigo más aún que en sí propio, considerándose su segundo desde el colegio, y colocándole muy alto, en el rango de los maestros que ponen en revolución una época. Después, sintió un enternecimiento doloroso ante aquella bancarrota del ge-

nio, una amarga y sangrienta piedad, ante aquel tormento atroz de la impotencia. ¿Acaso se sabía en arte, quién era el loco? Todos los fracasos le conmovían hasta arrancarle lágrimas, y cuanto más tendía el cuadro ó el libro á la aberración, al ésfuerzo grotesco y lamentable, más se estremecía de caridad, con la necesidad de adormecer piadosamente en la extravagancia de sus sueños, á esos fulminados por la obra.

El día en que Sandoz subió, sin encontrar al pintor, no se despidió al momento; insistió, viendo enrojecidos por el llanto los ojos de Cristina:

—Si cree usted que ha de volver pronto, le aguardaré.

—¡Oh! no puede tardar.

—Siendo así, me quedo, si no incomodo.

Nunca le había conmovido ella en tal grado, con su abatimiento de mujer abandonada, sus gestos fatigados, su lento hablar, su indiferencia por todo lo que no fuese la pasión que la consumía. Desde ocho días, quizás, no ponía en orden una silla, ni limpiaba mueble alguno, dejando que siguiese avanzando el deshielo del hogar, con fuerzas apenas para moverse ella misma. Y era cosa que oprimía e lcorazón, bajo la cruda luz de la gran claraboya, aquella miseria caminando á la suciedad, aquel cobertizo mal blanqueado, desnudo y atestado de desorden, donde la gente tiritaba de tristeza, á pesar de la clara tarde de febrero.

Cristina, lentamente, había vuelto á sentarse junto á una cama de hierro que Sandoz no percibiera al entrar:

—¡Toma!—vreguntó.—¿Está enfermo Santiaguito?

Ella cubría al niño, cuyas manos rechazaban incesantemente la sábana.

—Sí; hace tres días que no se levanta. Hemos

arrimado aquí su cama, para que esté con nosotros... ¡Oh! nunca ha sido robusto, pero va de mal en peor; ¡es para desesperarse!

Fijas las miradas, hablaba con voz monótona; y él quedó aterrado al acercarse. Descolorida, la cabeza del niño parecía haber engrosado aún, pesándole ya tanto el cráneo, que ni aún sostenerlo podía. Reposaba inerte, y se le hubiera juzgado difunto, á no ser por el fuerte resuello que de sus pálidos labios salía.

—Querido Santiaguito, soy yo, tu padrino.... ¿No quieres darme un beso?

Penosamente, la cabeza hizo un vano esfuerzo para levantarse; entreabriéronse los párpados, mostrando el blanco de los ojos, y al momento volvieron á cerrarse.

—¿Han llamado ustedes al médico?

Ella se encogió de hombros:

—¡Oh! ¡los médicos! ¿saben algo, por ventura? Uno ha venido y dijo que era inútil cuanto intentásemos... Confiamos que sólo sea una falsa alarma. Va á cumplir sus doce años. ¡Es el crecimiento!

Sandoz, helado, callóse para no asustarla mayormente, ya que al parecer no veía la gravedad del mal. Dió algunos pasos por el taller y se detuvo ante el cuadro:

—¡Ah! ¡ah! eso marcha; esta vez, va por la buena senda.

—Ya está terminado.

—¡Cómo, terminado!

Y cuando ella hubo añadido que el lienzo debía salir la semana siguiente para el Salón, quedó perplejo y acabó por sentarse en el diván, como deseoso de juzgar la obra con detención. Los fondos, los muelles, el Sena, de donde surgía el cabo triunfal de la Cité, continuaban en estado de esbozo magistral, como si el pintor hubiese

temido malograr el París de su sueño, acabándolo más. A izquierda, había un grupo excelente, operarios descargando sacos de yeso, muy bien trabajado todo ello, con singular potencia de factura. Sólo la barca de las mujeres; en el centro, agujereaba el cuadro con un resplandor de carnes muy fuera de su lugar; y la gran figura desnuda, sobre todo, pintada en la fiebre, tenía un brillo, un agrandamiento (de alucinación, de falsedad extraña y desconcertante, en medio de las realidades vecinas.

Sandoz, silencioso, desesperábase ante aquel grandioso aborto; pero al encontrar fijos en él los ojos de Cristina, tuvo fuerzas para murmurar:

—¡Asombrosa ¡oh! asombrosa, la mujer!

Casi en el mismo instante llegó Claudio, con su aire tranquilo y fuerte de los días buenos. Lanzó una exclamación de alegría al ver á su antiguo amigo, y estrechó vigorosamente su mano. Después, acercóse á Cristina y besó á Santiaguito, que de nuevo había rechazado la sábana.

—¿Cómo sigue?

—Siempre lo mismo.

—¡Bueno, bueno! ¡crece demasiado! el reposo le repondrá. ¡Ya te decía que no te alarmaras!

Y en seguida fué á sentarse en el diván, al lado de Sandoz. Ambos se abandonaban, reclinándose, semi-acostados, mirando al aire, recorriendo el cuadro, mientras Cristina, junto al lecho, nada miraba, ni en nada parecía pensar, en el continuo desconsuelo de su corazón. Poco á poco, echábase la noche encima; la viva luz de la claraboya palidecía ya, descolorándose en una caída de crepúsculo, uniforme y lenta.

—Conque, es cosa resuelta; tu mujer me ha dicho que lo exponías.

—Sí.

—Perfectamente; hay que salir de ese atasca-

dero... ¡Oh! ¡y á fé que tiene trozos superiores! Esa fuga del muelle, á izquierda; y el hombre que levanta un saco, allá á lo lejos... Sólo que...

Vacilaba; mas se atrevió al fin:

—Sólo que es singular que te hayas obstinado en dejar esas bañistas desnudas... Es cosa que no se explica, te lo aseguro; y me habías prometido vestir las, ¿recuerdas? ¿Tanto empeño tienes en esas mujeres?

—Sí.

Claudio contestaba secamente, con la obstinación de la idea fija que hasta desdeña dar razones. Había cruzado los brazos bajo su nuca; y se puso á hablar de otro asunto, sin apartar la vista de su cuadro, que el crepúsculo comenzaba á oscurecer con fina sombra.

—¿Sabes de dónde vengo? Pues de casa de Courajod... ¿eh? el gran paisajista, el pintor de la *Mare de Gagny*, que está en el Luxemburgo. Ya recordarás; le creí muerto y luego supimos que habitaba una casa no lejos de aquí, al otro lado del cerro, calle del Abreuvour. Pues bien, querido; el tal Courajod me tenía desazonado. Saliendo algunas veces á tomar el aire, había descubierto su barraca, y no podía pasar ya por delante sin una irresistible comezón de entrar. ¡Imagínate tú! un maestro, un guapetón que ha inventado nuestro paisaje actual y que vive allí desconocido, acabado, enterrado como un topo. Además, no puedes formarte idea de la calle, ni de la choza: una calle campestre, llena de volatería, rodeada de declives cubiertos de césped; una choza parecida á un juguete de niño, con ventanas pequeñas, puerta pequeña, jardín pequeño ¡oh! el jardín, una lengüecilla de tierra en escarpada pendiente, plantada de cuatro perales, atestada de todo un corral cercado de tablas pin-

tadas de verde, yesos antiguos, verjas de hierro, consolidadas con bramantes...

Su voz iba apagándose, y enfornaba los párpados, como si la preocupación de su cuadro, invencible, le fuera invadiendo hasta el punto de embarazar su discurso:

—Cuando hete aquí que hoy apercibo casualmente á Courajod á la puerta de su albergue. Figúrate un viejo de ochenta años cumplidos, acartonado, reducido á la talla de un muchacho. ¡No! hay que verle con sus zuecos, su zamarra de campesino y su gorra de abuelo... Y acercándome á él, sin cumplidos, le digo: «Señor Courajod, conozco á usted perfectamente; tiene usted en el Luxemburgo un cuadro, una verdadera obra maestra; permita usted que un pintor le estreche la mano, como á maestro! ¡Ah! ¡si entonces le hubieses visto azorarse, tartamudeando, echándose atrás como si mi intención fuera pegarle!... Sígole en su fuga; tranquilízase, y me enseña sus gallinas, sus patos, sus conejos, sus perros, toda una casa de fieras, incluso un cuervo! Allí vive él; ¡y no habla sino con sus bestias! En cuanto al horizonte, ¡magnífico! toda la llanura de Saint-Denis, leguas y más leguas, con ríos, villajos, fábricas vomitando humo y trenes jadeantes. En resumen, una verdadera choza de ermitaño sobre la montaña, de espaldas á París y de frente á la campiña, sin límites... Naturalmente, he vuelto á mi tema: «¡Ah! ¡señor Courajod! ¡qué talento! ¡Si supiese usted cuánto le admiramos! ¡Es usted una de nuestras glorias y vivirá siempre como nuestro padre!» Sus labios han comenzado á temblar de nuevo; mirábame, con tal aire de azoramiento estúpido, como si hubiese desenterrado á su vista algún cadáver de su juventud; y mascullaba palabras incoherentes, entre encías, un ceceo de viejo chocho, imposible

de comprender: «No sé... todo acabó... demasiado viejo... me importa un comino...» En una palabra, me ha plantado en la puerta, cerrándola violentamente con doble vuelta de llave, atrincherándose con sus animalejos contra las tentativas de admiración de la calle... ¡Ah! ¡un artista de su talla, acabando como un droguero retirado, regresando voluntariamente á la nada, antes de la muerte! ¡Ah! ¡gloria, gloria por la cual nos sacrificamos!

Cada vez más amortiguada, extinguióse al fin su voz en un suspiro doloroso. La noche seguía llegando, con una oscuridad que invadía el piso del taller, ascendiendo con lento, inexorable incremento, sumergiendo los pies de la mesa y de las sillas, confundiendo todos los objetos que por el suelo se arrastraban. Ya la parte inferior del cuadro se anegaba en sombra; y el pintor, tenazmente fija la mirada, parecía estudiar los progresos de las tinieblas, como si al fin hubiese juzgado su obra en esa agonía de la luz, mientras, en el silencio profundo, oíase tan sólo el ronco hálito del niño enfermo, junto al cual destacábase aún la negra silueta de la madre, inmóvil.

Entonces Sandoz habló á su vez, cruzados también los brazos tras la nuca, y recostado en un almohadón del diván.

—¿Quién sabe? ¿acaso no valdría más vivir y morir desconocido? ¡Qué chasco, si esa gloria del artista no existiese más ni menos que el paraíso del catecismo, de que ya hasta hoy día se ríen los muchachos! Nosotros, que ya no creemos en Dios, creemos en nuestra inmortalidad. ¡Ah! ¡miseria!

Y dominado por la melancolía del crepúsculo, se confesó, declarando sus propios tormentos, que todo cuanto sentía del sufrimiento humano acababa de remover.

—¡Mira! yo, á quien envidias quizá, querido; yo, que empiezo á hacer negocio, como dicen los burgueses, publicando libros y ganando algún dinero, ¡pues bien! yo, pierdo en ello la vida... Varias veces te lo he repetido; pero tú no me crees, porque para ti, que produces con tanta pena, para ti, que no puedes llegar al público, la felicidad sería únicamente producir, ser visto, alabado ó destronado... ¡Ah! logra que te admitan en el próximo Salón, entra en la zambra, pinta otros cuadros, y me dirás luego si eso te basta, si eres feliz por fin... Oye; el trabajo se ha apoderado de mi existencia; me ha robado á mi madre, á mi mujer, todo cuanto amo. Es el germen depositado en el cráneo, que se come el cerebro, que invade el tronco, los miembros, que roe el cuerpo todo. En cuanto salto de la cama, por la mañana, me agarra, me clava á mi mesa, sin dejarme respirar una bocanada de aire libre; después, me sigue en el almuerzo; masco sordamente mis frases con mi pan; después, me acompaña cuando salgo, regresa á comer en mi plato, se acuesta de noche en mi almohada, tan implacable, que nunca logro detener la obra en marcha, cuya vegetación continúa, aun en medio de mi sueño. Ya no existe fuera de mí otro sér; subo á abrazar á mi madre, tan distraído, que diez minutos después de haber salido de su cuarto, me pregunto si en realidad la he hablado. Mi pobre mujer no tiene marido; ya no estoy con ella, ni siquiera cuando nuestras manos se tocan. A veces, experimento la aguda sensación de que le doy muy tristes días, y siento un gran remordimiento, porque la felicidad la componen únicamente la bondad y la alegría en un hogar; pero ¿acaso puedo zafarme de las garras del monstruo? En seguida recaigo en el sonambulismo de las horas de creación, en las indiferencias y en las

majaderías de mi idea fija. Tanto mejor si las páginas de la mañana han salido bien; tanto peor si una de ellas ha quedado en aprieto! La casa reirá ó llorará, según se le antoje al trabajo devorador... ¡No! ¡no! ¡ya nada es mío! he soñado reposos en el campo, viajes lejanos, en mis días de miseria; y hoy que podría darme por contento, ahí está, para enclaustrarme, la obra comenzada; adiós, salidas al sol matinal, adiós, escapatorias á casa de un amigo, adiós, caprichos de perezal! Hasta mi voluntad se doblega; adquirido está el hábito; he cerrado la puerta del mundo tras de mí, echando la llave por la ventana... Nada ya! nada ya, en mi madriguera, sino el trabajo y yo; y él me devorará y no quedará ya nada, ¡nada!

Callóse, y reinó un nuevo silencio en la creciente sombra. Después prosiguió penosamente:

—¡Y aun si uno se contentara, si sacase algún goce de esa existencia de perro! ¡Ah! no sé cómo lo hacen esos que fuman cigarrillos y se acarician con fruición la barba mientras están trabajando... Sí, en efecto; hay, al parecer, algunos para quienes la producción es un placer fácil, que se toma ó se deja sencillamente, sin fiebre alguna. Se extasían, se admiran; no pueden escribir un par de líneas que no sean dos líneas de una cualidad rara, distinguida, superior... ¡Pues bien! yo he de ayudar mi parto con el forceps, y la criatura, de todos modos, pareceme horriblemente fea. ¿Cómo puede uno estar tan desprovisto de duda que llegue á creer en sí? Me dejan estupefacto esos guapos mozos que, negando furiosamente todo mérito á los demás, pierden absolutamente la brújula, cuando se trata de sus bastardeados hijos. ¡Ah! ¡no hay cosa más fea que un libro! y es preciso no haberlo cocinado, para tenerle cariño... No me refiero á los metralazos de injurias que uno recibe. En lugar

de incomodarme, más bien me excitan. Veo algunos á quienes los ataques trastornan, y que necesitan crearse simpatías. ¡Simple fatalidad de naturaleza! Pásales lo que á ciertas mujeres, que serían capaces de morir si no agradasen á los hombres. Pero el insulto es sano, la impopularidad es una escuela enérgica; nada vale tanto para mantenerle á uno vigoroso y ágil como la rechifla de los imbéciles. Bástale á uno decirse que ha consagrado su vida á su obra, que para ella no espera justicia inmediata, ni siquiera examen interior, y que trabaja, en fin, sin esperanza de ninguna especie, únicamente porque el trabajo late bajo su piel, como el corazón, independiente de la voluntad; y así llega uno á la muerte, con la consoladora esperanza de que un día le apreciarán. ¡Ah! ¡si los otros supiesen de qué brava manera tomo sus cóleras! Sólo en mí existe el yo, y yo me abrumo y yo me desconsuelo hasta no gozar un minuto de felicidad! ¡Dios mío! ¡qué de horas terribles desde el día en que empiezo una novela! Los primeros capítulos, pase; aún me queda espacio para tener genio; después, héteme ya perdido, nunca satisfecho de la tarea cotidiana, condenando ya el libro en marcha, juzgándolo inferior á sus mayores, forjándome torturas de páginas, de frases, de palabras, en tal grado, que hasta las mismas comas adquieren fealdades que me atormentan. Y, cuando llego al fin, ¡ah! cuando se acabó, ¡qué descanso! no ese goce del padre que se exalta en la adoración de su fruto, sino la blasfemia del mozo de cuerda que suelta la carga que aplastaba sus hombros... Y después, la faena vuelve á comenzar; y volverá á comenzar siempre, y por fin reventaré, enfurecido contra mí, exasperado de no haber tenido más talento, rabiando porque no dejo una obra más completa, más alta, libros sobre libros, todo

el hacinamiento de una montaña! y al morir, sentiré la duda atroz de la tarea hecha, preguntándome si debió ser lo que es, si no debía inclinarme á la izquierda, cuando tomé la derecha; y mi palabra postrera, mi supremo estertor será el deseo de rehacerlo todo en absoluto...

Sobrecogido de emoción, y estrangulándose sus palabras, hubo de respirar un momento, antes de lanzar este grito apasionado, donde volaba todo su lirismo impenitente:

—¡Ah! ¡quién me dará una vida, una segunda vida, para que el trabajo me la robe, y vuelva á matarme otra vez más!

Había cerrado la noche; ya no se distinguía la silueta de la madre; parecía que el ronco resuello del niño surgiera de las tinieblas, como una angustia enorme y lejana, subiendo de las calles. De todo el taller, sumido en lúgubre oscuridad, sólo el magno lienzo conservaba cierta palidez, último resto de la luz que se borraba. Parecida á una visión agonizante, veíase flotar la figura desnuda, pero sin forma precisa, desvanecidas ya las piernas, comido un brazo, sin más región notablemente perceptible que la redondez del vientre, cuya carne relucía, color de luna.

Después de una larga pausa, preguntó Sandoz:

—¿Quieres que vaya contigo, cuando lleves tu cuadro allá?

Como Claudio no contestara, creyó oírle llorar. ¿Era, acaso, esa tristeza infinita, la desesperación de toda esa imbecilidad humana que acababa de remover? Esperó; reiteró la pregunta, y entonces el pintor, después de reprimir un sollozo, tartamudeó por fin:

—Gracias, querido; el lienzo queda aquí; ya no lo expongo.

—¡Cómo! ¿estabas decidido?

—Sí, sí, estaba decidido... Mas aún no lo había

visto, y acabo de verlo en esa media luz. ¡Ah! ¡fracasar, fracasar siempre! ¡ah! ¡me ha dado un golpe en los ojos, como un puñetazo, repercutiendo en mi corazón!

Sus lágrimas, ahora, manaban lentas y tibias, en la oscuridad que lo ocultaba. Habíase reprimido, y el drama cuya secreta angustia le destrozara, estallaba á su pesar.

—¡Pobre amigo mío!—murmuró Sandoz, trastornado;—duró es decírtelo, pero tal vez tengas razón en esperar algo más para mejorar ciertos fragmentos... Mas, no importa; estoy furioso, pues voy á creer que te he desanimado con mi eterno y estúpido descontentamiento de las cosas.

Claudio, sencillamente, respondió:

—¡Tú! ¡qué idea! ni te escuchaba... ¡No! contemplaba únicamente los diversos trozos que iban extinguiéndose en ese maldito cuadro. La luz desaparecía, y ha habido un momento, bajo una claridad gris, finísima, en que de repente he visto claro; sí, nada se sostiene, sólo son lindos los fondos; la mujer desnuda estalla como un petardo, sin aplomo, piernas defectuosas... ¡Ah! no sé cómo no he reventado de golpe; he creído que todo crugía en mi esqueleto. Después, las tinieblas han ido avanzando, avanzando: un vértigo, un hundimiento, la tierra rodando á la nada del vacío, ¡el fin del mundo! Muy luego, no he visto más que su vientre, menguante como luna enferma. ¡Y mira! ¡mira! ya nada queda de ella, ni un destello; está muerta; ¡completamente negra!

En efecto, á su vez el cuadro había desaparecido en absoluto. Mas el pintor, puesto en pie, blasfemaba en la densa oscuridad:

—¡Voto á! no importa... ¡Volveré á la carga!

Cristina, que también se había levantado, y contra la cual tropezó Claudio, le interrumpió:

—Cuidado; ¡voy á encender luz!

Encendióla, y apareció sumamente pálida, dirigiendo al cuadro una mirada de miedo y rencor. ¡Cómo! ¡ya no lo exponía! ¡iba á comenzar de nuevo la abominación!

—Volveré á la carga—repitió Claudio—y me matará, y matará á mi mujer y á mi hijo, y á toda la barraca, pero será una obra maestra, voto á!

Cristina fué á sentarse de nuevo; acercáronse al lecho de Santiaguito, que se había desabrigado otra vez más, con el extraviado tantear de sus manecitas. Resollaba siempre, fuerte, hundida la cabeza en la almohada, parecida á un peso que hacía crugir la cama. Al despedirse, manifestó Sandoz sus terrores. La madre parecía alelada, el padre volvía ya á su lienzo, la obra en ciernes, cuya apasionada ilusión combatía en él la realidad dolorosa de su hijo, esa viviente carne de su carne.

La siguiente mañana, acababa Claudio de vestirse, cuando oyó la voz azorada de Cristina, llamándole. También ella acababa de despertar sobresaltada del pesado sueño que la había amodorrado en su silla, mientras velaba al enfermo.

—¡Claudio! ¡Claudio! ¡ven!... ¡está muerto!

Corrió él, abotagados los ojos, tropezando, sin comprender, y repitiendo con aire de profunda sorpresa:

—¡Cómo! ¿está muerto?

Por un instante, permanecieron embobados junto á la cama. El pobre sér, tendido de espaldas, con su enorme cabeza de hijo del genio, exagerada hasta la hinchazón del cretinismo, no parecía haberse movido desde la víspera; sólo su boca, ensanchada, descolorida, no resollaba ya, y sus

ojos apagados se habían abierto. El padre lo tocó, y encontrándolo frío como un hielo:

—Es verdad; ¡está muerto!

Y era tal su estupor, que por un rato permanecieron allá, secos los ojos, únicamente heridos de la brutalidad de la aventura, que juzgaban increíble!

Después, quebrantadas las rodillas, abatióse Cristina junto al lecho; y lloraba con grandes sollozos que la conmovían todo el cuerpo, retorcidos los brazos y pegada la frente al colchón. En aquel primer momento terrible, su desesperación consistía sobre todo en un punzante remordimiento, el de no haber amado lo bastante al pobre niño. Una visión rápida desarrollaba á su vista los días anteriores, y cada uno de éstos le aportaba un pesar, palabras duras, caricias diferidas, y á veces, rudezas, y se acabó! ¡ya nunca le resarciría del robo que de su corazón le hiciera! El, á quien encontraba tan desobediente, acababa de obedecer demasiado. Háblale repetido tan á menudo: «¡Estate quieto; deja trabajar á tu padre!» que por fin era ya cuerdo, para largo tiempo! ¡Esta idea la sofocó; cada sollozo le arrancaba un sordo grito!

Claudio había echado á andar de un lado á otro, en un deseo nervioso de cambiar de sitio. Convulsa la faz, no lloraba sino gruesas lágrimas raras, que enjugaba regularmente con el dorso de las manos. Y cuando pasaba por delante del tierno cadáver, no podía menos que dirigirle una mirada. Aquellos ojos fijos, abiertos desmesuradamente, parecían ejercer en él una fascinación. Al principio, resistióse; mas la idea confusa se precisaba, y acababa por ser una obsesión invencible. Por fin, cedió; cogió un pequeño lienzo y comenzó un estudio del niño muerto. Durante los primeros minutos, sus lágrimas le impidieron

ver, anegándolo todo en una neblina; mas él, enjugándolas, obstinábase con trémulo pincel. Después, el trabajo secó sus párpados y dió seguridad á su mano; y en breve, ya no tuvo delante á su hijo helado, sino un modelo, un asunto cuyo extraño interés le apasionaba. Aquel dibujo exagerado de la cabeza, aquel tono de cera de las carnes, aquellos ojos parecidos á agujeros en el vacío, todo ello le excitaba, le enardecía como una llama. Echábase atrás, complacíase, y sonreía vagamente á su obra.

Cuando Cristina se levantó, encontróse consagrado á la tarea. Entonces, nuevamente presa de un acceso de lágrimas, dijo simplemente:

—¡Ah! ya puedes pintarlo, ¡no se moverá!

Por espacio de cinco horas, siguió trabajando Claudio. Y á los dos días, cuando Sandoz le acompañó á casa, desde el cementerio, al regreso del entierro, estremecióse de piedad y admiración ante el cuadrito. Era uno de los buenos estudios de antaño, una obra maestra de claridad y vigor, con una inmensa tristeza además, el fin de todo, la vida muriendo de la muerte de aquel niño.

Y mientras manifestaba su admiración, lleno de elogios, quedó sobrecogido oyendo á Claudio:

—¿De veras, te agrada? Siendo así, me decido. ¡Ya que el otro no está terminado, enviaré éste al Salón!

## X

Tres días iban transcurridos desde que Claudio remitiera *L'Enfant mort* al Palacio de la Industria, cuando tropezó con Fagerolles, una mañana, en los alrededores del Parque Monceaux:

—¡Cómo! ¿eres tú, querido?—exclamó cordial-